

UN GESTO DE HUMILDAD

Aquella mañana de crudo y gélido invierno, no pensaba que podría desear salir a la calle con tanto entusiasmo, pues el invierno es muy largo y constantemente mis piernas se enfrían con facilidad.

Pero salí en busca de pan a uno de los hornos abiertos cercanos a mi hogar.

A medio camino, me encontré un joven vagabundo tirado en el suelo y tapado sobre una manta y cuatro maltrechos cartones.

Me dio pena.

Sentí compasión hacia aquella persona y decidí gastarme el dinero del pan en ayudarlo a él.

- ¡Buenos días! - le deseé.

El joven no se movió. Estaba echado de cara a la pared de un edificio, pero estaba vivo. De modo que insistí.

- ¡Buenos días! - dije.

De repente, el chico que debía tener unos veinte años se giró de malas maneras hacia mí y me dijo:

- ¡Será para ti, niña rica! - .

Me sentí ofendida, pues ni era rica ni era niña, de modo que sentí cómo me hervía la sangre aunque traté de tranquilizarme ya que la culpa había sido mía de haberlo molestado. No obstante, sentía compasión por aquel chico y algo me decía en mi interior que sentía algo más, no sabría cómo explicarlo, que se había apoderado de mí al instante en que lo vi.

- Sólo te he dicho buenos días, si no quieres hablar conmigo no me hables - .

Dicho lo cual, me di la vuelta y me dirigí hacia el horno más cercano todavía enfadada por el mal comportamiento del chico.

- ¡ Pero qué se habrá creído! - , pensé.

- Encima que quiero ayudarlo - .

Una vez en el horno me dispuse a comprar la barra de pan ya que sólo llevaba lo justo para eso, pues en mi casa no necesitábamos nada más ya que teníamos de todo. Pero el pan nos gustaba recién hecho y calentito.

Salí del establecimiento con mi pan recién horneado sobre el brazo y volví a pasar por donde todavía se encontraba el chico durmiendo entre mantas y cartones. Me dio tanta pena que pensé en darle la barra de pan al pobre chico.

Esta vez me acerqué a él con sigilo.

Todavía dormitaba.

Me daba pena despertarlo pero hacía un frío de espanto en la calle y para colmo de males había comenzado a ventiscar con virulencia trayendo nieve. No quería que el pobre muriera congelado de modo que me acerqué y lo desperté.

- Perdona que te despierte, pero deberías ponerte a resguardo. Se acerca una tormenta de nieve – le informé temblando.

El chico que hasta ahora no me había dado la cara se giró hacia mí y me miró con cara de pocos amigos, normal, lo había despertado de malas maneras aunque hubiera tenido tacto. Supuse que no estaba acostumbrado a que lo trataran con buenos modales.

- Niña, sé que se acerca una tormenta de nieve - dijo bruscamente - pero qué voy a hacer. No tengo a dónde ir y los albergues están repletos de vagabundos como yo.

Se fijó en el pan que olía a recién horneado.

Se le hizo la boca agua.

Me di cuenta, pues, que tenía hambre.

- Ten. Cómetela. Está recién hecha – se la ofrecí.

Sin pensárselo me la arrebató de las manos y comenzó a engullir la barra con un desespero nunca antes visto por mis ojos.

Era evidente que tenía hambre.

Estaba famélico.

Cuando se terminó la barra de pan en un abrir y cerrar de ojos me miró y vi que tenía los ojos azules y el pelo aunque alborotado era del color de la miel. Tenía un semblante regio debido al castigo de vivir en la calle, pero parecía buen chico.

- Tenía hambre - se excusó casi apurado. - Llevaba tres días sin comer nada y ahora tengo sed pero podré beber de la nieve que vaya cayendo en la calle. Estoy acostumbrado a tiempos tan fríos -.

- Qué triste vida la tuya - dije para mis adentros.

- Hace dos años que vivo en la calle porque me han echado de casa. No puedo hacer frente a los gastos. Debo millones. Nadie me da trabajo y eso que sólo tengo veinte años y he trabajado de todo lo que me ha salido. Pero en esta vida llena de crisis financiera ya no se encuentran con facilidad. Podría decirte muchas más cosas sobre mí, pero supongo que tienes que irte. Además, te he dejado sin pan - lamentó abochornado.

Sonreí a medias.

En serio, me daba mucha pena, pues lo que me dictaba el corazón era ayudarlo.

- No te preocupes por el pan. Ya compraré más en cuanto vaya a mi casa y coja algo de dinero. Pero me preocupa dejarte aquí, la calle no es un buen sitio para vivir - .

Sonrió.

- Estoy acostumbrado. Como ya te he dicho - .

- Pero la tormenta que se acerca es una de las peores, eso han dicho en la radio - .

- ¡Estupideces!. Yo me fío más de mis predicciones - mintió.

De hecho, estaba tiritando a pesar de haberse tapado con la manta maltrecha por todas partes. Los cartones no lo cubrían del todo y los zapatos rotos por la puntera le asomaban por entre los cartones. La cara se le estaba poniendo roja debido al frío.

- Puedo llevarte a mi casa – inquirí de repente.

Estaba asombrada por lo que acababa de decir, pero el tiempo apremiaba y aquel chico del que todavía no sabía su nombre se estaba empezando a congelar de frío, pues era evidente que tenía síntomas de entumecimiento. A decir verdad, yo también estaba notando cómo mis piernas se enfriaban y empezaba a sentir calambres por todo el cuerpo augurio del que no me gustaba dada la violencia con la que el viento traía la nieve espesa y amenazante que enseguida empezó a cuajar en la calle.

- Vivo con mi tía y dos primos - dije de modo torpe, pues me castañeteaban los dientes - , pero si les explico tu situación ellos lo entenderán.

- ¿Seguro?. Si ni siquiera sabes cómo me llamo. ¿Meterías en tu casa a un desconocido que además es un vagabundo? – me preguntó.

No lo había pensado antes. En eso tenía razón. Era un desconocido y un *homeless* como es moda decir ahora, pero me gustaba y ante todo no quería que muriera de frío por tener mal corazón.

De modo que me presenté.

- Me llamo Anastasia – lo hice sin darle importancia.

- Nicanor - dijo dándome la mano.

Sorprendentemente, tenía unas manos limpias y perfectas. Pensé enseguida que no debía ser mala persona de modo que sonreí y lo ayudé a levantarse.

- Nicanor, es un bonito nombre -.

- Lo mismo que Anastasia - contestó recogiendo la manta raída y los cartones.

- Perdona, será mejor que tires esa vieja manta y los cartones, pues en mi casa podrás ducharte, comer caliente y vestirme.

Me costaba mucho hablar debido al viento y al frío pero enseguida, Nicanor entendió que era mejor así.

En cuanto lo llevé a mi casa se lo presenté a mi tía y a mis dos primos que enseguida montaron en cólera debido a la presencia de un extraño. Mi primo decía que podría robarnos en cualquier momento, mi prima que su habitación era para ella y mi tía aceptaba en darle cobijo hasta que el temporal amainara, pero yo me había enamorado de Nicanor y no me importaba que fuera un sin techo.

Debido a la condescendencia de mi tía que había accedido a que se quedara en nuestra casa durante el temporal, supuso que para Nicanor y yo nos conociéramos más a fondo, mis primos seguían viéndolo como el vagabundo que se había ganado el corazón de su prima pequeña.

No era bien recibido en casa, pero conectamos el uno con el otro.

Cuando el tiempo amainó, Nicanor decidió marcharse y yo decidí acompañarle con lo poco ahorrado que tenía, pues ya habíamos empezado a hablar de una vida juntos, de construir nuestra propia familia a pesar de no tener mucho más que lo puesto y unos pocos ahorros.

A día de hoy, Nicanor es un buen pintor de cuadros, un bohemio dónde los haya. Y yo, su musa.

Nos ganamos la vida de aquí para allá exponiendo los cuadros en galerías, en la calle y salas de exposiciones. Soy muy feliz a su lado y me alegro de haberlo salvado de los peligros de la calle.

Su corazón es más grande que el propio sol. Te quiero Nicanor.

*Carta de amor de Anastasia a Nicanor.
Invierno de 1929.*